

Nolo Ruiz, *Filosofía del flamenco*, Sevilla, Samarcanda, 2020.

Nolo Ruiz (Sevilla, 1979) ha escrito un libro que pretende cubrir lo que hasta ahora ha sido un vacío escandaloso en nuestras librerías. Me refiero al hecho de que, a pesar de la enorme cantidad de obras publicadas que abordan el fenómeno del flamenco desde el punto de vista histórico, lingüístico o musical, no existía hasta el momento un acercamiento tan explícito y sistemático desde el ámbito de la filosofía.

Nolo Ruiz estructura su *Filosofía del flamenco* jugando con los dos sentidos del genitivo: toda la primera parte consiste en una reflexión que aborda el flamenco como tema u objeto de la filosofía, de la misma manera que existen ya una filosofía de la arquitectura o una filosofía del teatro; la segunda parte, en cambio, recoge lo que podría ser una filosofía del flamenco en el sentido de la sabiduría que se encuentra dentro del flamenco, entendiendo filosofía como *Weltanschauung*, como manera de entender la vida que se expresaría en las letras del canto flamenco y en otros aspectos que requieren de una exégesis filosófica. La primera parte se titula, pues, “El flamenco como objeto de la filosofía”; la segunda y más extensa, “La filosofía como sujeto del flamenco”. Rematan la obra una conclusión y una breve antología de letras flamencas.

En la primera parte encontramos descubrimientos sorprendentes, como la detallada descripción del carácter comunicativo del flamenco. Nolo Ruiz se arriesga a analizar —con finura, por cierto— conceptos tremendamente esquivos del vocabulario flamenco: enduendamiento, jipío, pellizco y jaleo. El enduendamiento sería la disposición de acceso a la jondura; el jipío, “lenguaje previo al lenguaje, [...] palabra anterior a la palabra” (p. 37); el pellizco, encuentro entre el emisor y el receptor; los jaleos, ritos que “propician o conservan el acceso del intérprete a los absolutos, universales, de su propia jondura” (p. 50). En este esfuerzo por clarificar conceptos fundamentales del universo flamenco, Nolo

Naturaleza y Libertad. Número 15, 2020. ISSN: 2254-9668

218



Ruiz recurre a una extensa y variopinta pléyade de pensadores, que van desde Adorno (el lenguaje predicativo como fracasado para la expresión de lo absoluto) hasta Nietzsche (y sus recepciones en nuestros Lorca y Ortega), Kant o Schopenhauer. El cénit reflexivo de esta parte viene dado por la tematización de “lo jondo”, concepto estético que vendría a sumarse a las categorías tradicionales de lo bello y lo sublime. Señala Ruiz que “lo bello y lo sublime señalan lo de fuera (lo superficial o lo elevado), lo jondo apunta a lo de dentro (lo profundo)” (p. 73), acercándolo a las proximidades del concepto nietzscheano de dionisiaco, donde lo relevante es la verdad que se manifiesta más allá del mundo aparente de las formas: “lo sublime conmueve, lo bello encanta y lo jondo pellizca” (p. 84).

La segunda parte de la obra toma como punto de partida la existencia de un “jondismo”, entendido como “conjunto de ideas filosóficas populares vertidas a través del arte flamenco” (p. 22) y que se opondría a la visión cientifista del mundo. Una oposición que Nolo Ruiz plantea en términos quizá excesivamente ambiciosos, como cuando dice que “la epistemología negativa jondista [...] se fundamenta en una crítica al cientismo” (p. 102) y en el contexto de la cual se configura una “razón ancestral” que vendría a oponerse tanto a la razón científica como a la razón histórica, encasilladas ambas en el ámbito de lo meramente visible. Desde esta perspectiva se analizan temas fundamentales del imaginario flamenco, como la soledad, la angustia (el *ser-ay* como complemento al *ser-ahí* heideggeriano), la madre (como madre humana y como *theotokos*) o las cuatro potencias de la vida que son la cotidianidad, el amor, la muerte y el destino.

No se pueden obviar algunas dificultades en el planteamiento metodológico de la obra, lo que no tiene por qué ser necesariamente un déficit, sino la expresión de su importancia en cuanto al itinerario reflexivo que abre y posibilita. Por ejemplo, a veces da la sensación de que

sería necesario incorporar una cierta perspectiva histórica y sociológica. Esto es especialmente así en el momento en que la obra analiza la visión del mundo presente en las letras flamencas, siendo así que estas proceden de épocas y contextos bien diferenciados: tan flamencas son las que proceden de las clases populares como aquellas compuestas por poetas propios (de San Juan de la Cruz a los Machado) y extraños (desde Omar Jayam a Leonard Cohen) y no siempre expresan una visión del mundo compartida. Este mismo prejuicio folclorista aparece a la hora de valorar el flamenco contemporáneo que se disfruta en teatros y salas de concierto, dando por sentado que, en tales contextos, lo auténticamente flamenco solo se da cuando “el auditorio flamenco no es un mero receptor” (p. 31), es decir, cuando imita la estructura popular de la juega comunitaria en la que todos son a la vez espectadores y artistas.

Termino. La prosa de *Filosofía del flamenco* lleva sobre sí el rastro de los grandes autores en que se inspira, de forma que aúna el estilo fenomenológico, la poesía, la hermenéutica y la introspección, lo que da como resultado un texto ágil, sugerente, solo a ratos oscuro. Creo que, de todos los aciertos del libro, este es el más incontestable, pues, en su formato heterodoxo, explícitamente antiacademicista, pero rigurosamente documentada, la obra de Nolo Ruiz realiza la única filosofía que se puede hacer sobre este arte: una hecha de inspiración, de lirismo, de duende.

Alejandro Martín Navarro
amartinn@hotmail.com